

Joseph Brodsky y el olor de las algas marinas

Marina Gasparini Lagrange



Era una gélida noche de diciembre y de viento. En la estación de trenes casi desierta se veían un barman acompañado de sus bostezos, trenes detenidos sin horarios que anunciaran sus próximas partidas y un extranjero, ruso, poeta, exiliado, que llegaba a Venecia por primera vez. Su nombre: Joseph Brodsky. El extranjero abre las puertas de vidrio de la estación y antes de ver en el agua el reflejo en penumbra que dejan las luces y la noche cuando la oscuridad es fría y la medianoche cercana, Joseph Brodsky, nacido en San Petersburgo, siente en sus narices el olor de las algas marinas congelándose; entonces dice: “[...] me sobrecogió un sentimiento de felicidad [...] Uno se reconoce en ciertos elementos; en el momento en que estaba absorbiendo ese olor en las escalinatas de la *stazione*, hacía tiempo ya que dramas e incongruencias se habían convertido

en mi fuerte”.¹ Apenas llega a Venecia, y aun antes de ver el agua y las siluetas oscuras del puente, de las cúpulas y los techos, un olor es portador de memoria y reconocimiento. Ésa fue la primera experiencia de Brodsky en Venecia. A ese primer invierno le seguirían muchos más.

Diecinueve diciembre, diecinueve inviernos pasó Brodsky en Venecia. Dos de los años en los que no pudo asistir a su cita con la ciudad fue por encontrarse hospitalizado a causa de sus problemas de corazón. Dijo que no se trataba de un peregrinaje, tampoco de un ritual; pero regresaba a Venecia cuando los días son más cortos y la noche vespertina. No es difícil preguntarse si tornando a estas aguas, Brodsky volvía metafóricamente a San Petersburgo, que mira el mar Báltico y en donde olió por vez primera las algas congelándose a temperaturas bajo cero. Brodsky nunca más regresó a

su ciudad natal. Desde 1972 viviría en exilio en los Estados Unidos.

Alejado de su tierra, el exiliado aprende a nombrar de nuevo. En sus labios encuentra sonidos, a veces estridencias, que le recuerdan lo ya conocido y nombrado en su lengua. Quizá no es exageración afirmar que el exilio del escritor comienza cuando escribe en un idioma y vive en otro. Entonces el destierro, más que la expulsión de un país, es la condición metafísica en la que, como nos dice Brodsky,² el escritor siente haber perdido el nombre y la identidad que le daban sus lectores. Sin embargo, no fue este completamente el caso suyo; en su vivencia del exilio nunca olvidó su condición de poeta, pues fue justamente ese el motivo de su destierro de la entonces Unión Soviética. Sin patria a la cual poder regresar, Brodsky se arraiga a su idioma como árbol que extiende sus raíces en reconocimiento de la

tierra que demarca la geografía de su pertenencia. En el exilio, su lengua se transfigura en el destino de su palabra poética, de su mirada; se transforma en la esencia misma de su ser: “Nací en los pantanos del Báltico y allí fui creciendo / junto a las olas grises como el zinc, apareadas siempre: / de ahí todas mis rimas y esta voz tan opaca, / que brota de entre ellas como un pelo mojado, / si es que llega a brotar”.³

En 1979 escribe su ensayo “Guía para una ciudad rebautizada”; la ciudad es San Petersburgo. Siempre me ha conmovido leer entre esas páginas líneas que pudieramos encontrar en cualquier libro sobre Venecia: “Eran tierras bajas y pantanos y, para construir en ellas, había que reforzar el terreno”.⁴ [...] La ciudad descansa en verdad sobre los huesos de sus constructores tanto como sobre los pilares de madera que encajaron en el terreno”.⁵ Y un poco más adelante: “Pero en conjunto, la sensación de que la naturaleza regresará algún día a reclamar su propiedad usurpada, cedida en tiempos ante el asalto humano, tiene su lógica aquí. Se deriva de la larga historia de inundaciones que han hecho estragos en esta ciudad, por su proximidad física, palpable, al mar”.⁶

Cuando Brodsky escribe estas líneas, seguramente lo hace sintiendo en sus narices el olor que en su memoria estrechaba indisolublemente a San Petersburgo con Venecia. Diecinueve diciembre, diecinueve inviernos pasó Brodsky entre estas aguas. Pareciera que él encontró en Venecia el fango, el gris y el cieno del delta del Neva. Mien-

tras San Petersburgo mira hacia Occidente, Venecia lo hace hacia Oriente. Las miradas de estas dos ciudades se encuentran en la memoria del poeta; él se reconoce en medio de las dos: “Se hunde la ciudad y la dura razón / se humedece de súbito en los ojos; / meridional hermano de la esfinge del norte, / este león alado que sabe leer y escribir, / no dejará caer el libro con un grito: / gozará con ahogarse en los espejos”.⁷ En el ojo húmedo que antecede la lágrima, Brodsky reúne en una misma mirada nostalgia y tragedia. Y quizá vale la pena acotar lo que él dijo en las conversaciones que sostuvo con Solomon Volkov: “El león veneciano es obviamente otra versión de la esfinge de San Petersburgo”.⁸

Brodsky amaba caminar en Venecia. Se perdía entre sus calles para encontrarse escuchando en las historias comunes que cuentan los ladrillos o en los momentos excepcionales que proclama el mármol. Caminaba y sus pasos lo conducían ante el agua que cambia de color según los cielos, las mareas, nuestro estado de ánimo y las estaciones del año. Sabía que el agua es verde y serena como ojos de mirada iluminada, podía ser también azul con trazos de rosado, amarilla cuando en ella descende el atardecer o gris plomo cuando las mareas son bajas y el agua pareciera no correr. Brodsky se detenía a ver el paso del tiempo en el movimiento continuo del agua: “La razón por la que me esfuerzo en filtrarla es que contiene reflejos, entre ellos los míos”.⁹

Las ciudades comienzan a pertenecernos cuando nuestra mirada se detiene en el eco de

nuestros pasos. De una ciudad, dice Calvino, “no disfrutas las siete o setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya”.¹⁰ No sabría decir cuál fue la pregunta que Brodsky se formuló sobre Venecia, pero puedo afirmar que *Marca de agua* y sus poemas son lo más cercano a una respuesta. Henry James dijo que era difícil decir algo nuevo sobre Venecia, seguramente es así, pero quizá una posibilidad sea la de expresar cómo la propia mirada tuvo en un momento el don de transformarse en “visión”, en “revelación”. Entonces, en ese instante de gracia, la vida y el arte se convierten en una única y misma cosa: destino y necesidad. Cuarenta y nueve son los fragmentos poéticos que componen *Marca de agua*; cuarenta y nueve eran los años de Brodsky cuando publicó su libro sobre Venecia.¹¹ Vida y obra tejiéndose con los hilos de una misma trama.

En 1973, después de su primer diciembre en Venecia en 1972, Brodsky escribe “Laguna”.¹² El poema inicia con la imagen de tres viejas tejiendo. Tres viejas, tres Parcas, “Tres viejas, con su labor de punto...”, pero mientras ellas discuten “de la Pasión del Señor”, es decir, sobre la muerte, “la pensión Accademia con el universo entero navegan juntos hacia (la) Navidad”, es decir, hacia lo que está por nacer.

En la segunda estrofa llega “un huésped”... un hombre “en gabardina, sin nombre, sin memoria, sin patria, sin hijos”... Un hombre sin nada que lo amarre a un lugar; llega un extranjero que tendrá que comenzar a hacerse una historia, una patria,



Tratado de cielo para jóvenes poetas
 Jorge Cadavid
 Premios Nacionales de Cultura
 Universidad de Antioquia
 Editorial Universidad de Antioquia
 Medellín, 2008
 107 p.

Tratado de cielo para jóvenes poetas es un libro impecablemente concebido y escrito, que logra un equilibrio difícil de alcanzar entre poesía y pensamiento. La Naturaleza, a la vez que es contemplada de manera directa, es recreada en los poemas. Decir y mirar alcanzan aquí una sugestiva correspondencia. Se logra combinar fluidez y contención, notable virtud en una tradición que en ocasiones tiende al exceso verbal. Este poemario se enmarca de manera sugestiva en tradiciones tales como la sufi y la taoísta.

Del acta del jurado

una memoria, para enraizarse en un lugar teniendo como única pertenencia el rumor adolorido de un bosque distante que llora por él. El poeta, ese *huésped* sin nombre, en su condición de exiliado, tiene una parte de su vida bajo la tierra de los árboles de aquel bosque lejano. Raíces nutritivas de nuevas vidas nacerán de aquellos momentos enterrados. De lo que se creía muerto, perdido y olvidado nacerán ramas verdes, ramas de memoria y de poesía. Brodsky, ese *huésped* sin nombre que llega a Venecia, siente que las tres viejas, en su labor de punto, anudan en la ciudad de las aguas, la muerte y la vida del canto del poeta. Las viejas, mientras tejen, hablan de crucifixión y muerte, pero la pensión *Accademia*, con el *nessuno* que llega con una botella de *grappa* en el bolsillo del impermeable, “navega con el universo entero” hacia un nacimiento.

En invierno la niebla desciende sobre Venecia con la lentitud con que se cierran los párpados, atentos éstos al reflejo de las ventanas abiertas que las pupilas resguardan. Con esa misma lentitud Brodsky atraviesa calles ciegas de niebla abriendo con su cuerpo el túnel que le señalará el regreso. Camina dentro de la bruma viendo lejanías en los contornos borrosos que podría tocar con sus dedos. Con su corazón enfermo, el poeta escucha las campanas de Santo Stefano como frutas cayendo sin tocar el suelo.¹³ Si existe otra vida, quizá allá alguien recoja la abundancia que versan en el aire las campanas en su vuelo. Brodsky sospecha que no es mucho el tiempo que le falta para conocer esa respuesta.

Es de nuevo una medianoche gélida y ventosa de diciembre

y me pregunto si desde lo alto de los escalones de la estación de trenes de Venecia alguien reconocerá en el aire el olor de las algas marinas congelándose bajo cero. No será Joseph Brodsky quien colmará sus pulmones de esa memoria. Desde hace muchos años él no llega a Venecia. La última vez que lo hizo, surcó lentamente las aguas de la laguna en dirección de la isla de San Michele. Junto a su nombre grabado en la piedra caen los pétalos de las rosas amarillas del poeta. ■

Marina Gasparini Lagrange
 (Venezuela)

Licenciada en letras, ensayista. Reside en Venecia. Sus ensayos han sido publicados en revistas como *Imagen*, *Verbigracia* y *Anima*.

Notas

- 1 Joseph Brodsky. *Marca de agua*. (Trad. Hernando Valencia Goerkel). Bogotá: Norma, 1993, p.11.
- 2 Joseph Brodsky. “La condizone che chiamiamo esilio”. En: *Dall’esilio*. (Trad. Gilberto Forti). Milán: Adelphi, 2001.
- 3 Joseph Brodsky. De “Parte de la oración”. En: *Parte de la oración y otros poemas*. (Trad. Amaya Lacasa y Ramón Buenaventura). Barcelona: Versal, 1991, p.72.
- 4 Joseph Brodsky. *Menos que uno. Ensayos escogidos*. (Trad. Carlos Manzano). Madrid: Siruela, 2006, p. 70.
- 5 *Ibid.*, p.72.
- 6 *Ibid.*, pp.72-73.
- 7 Joseph Brodsky. “Laguna”. En: *Parte de la oración y otros poemas*. p. 72.
- 8 Solomon Volkov. *Conversations with Joseph Brodsky*. (Trad. de la autora). Nueva York: The Free Press, 1998, p. 189.
- 9 Joseph Brodsky. *Marca de agua*. p. 24.
- 10 Italo Calvino. *Las ciudades invisibles*. (Trad. Aurora Bernárdez). México: Minotauro, 1993, p.56.
- 11 Aludo a la primera edición que fue la publicada en 1989 por el Consorzio Venezia Nuova con el título *Fondamenta degli Incurabili*.
- 12 Joseph Brodsky. “Laguna”. Op. cit
- 13 Joseph Brodsky. “In front of Casa Marcello”. En: *So Forth*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1996.